

el cual se ha casado con su sobrina y es padre de Doña Esperanza, la novia, á lo que parece, de Don Leonel, que es hermano de Catalina de Armijo, que está escondida en casa de Teodoro y que..... ave María Purísima, que enredo! Dios nos saque con bien y no vayan aquí á casarse padres con hijas y hermanos con hermanas..... y luego que como yo tengo el secreto de todo, quizá sea yo responsable en conciencia..... No, no..... que salga Don Leonel y canto claro.....

Martin se apretó el sombrero, y á paso largo llegó á la casa «colorada» y llamó con dos fuertes aldabazos.

IX.

De cómo la marca de fuego de la familia Carbajal era un indicio seguro del fin que esperaba á los que la tenían.

LA puerta de la «casa colorada» se abrió, y el viejo Luis Herrera se presentó como siempre, regañando en voz sorda.

—¿Vive aún aquí el Padre Salazar?—preguntó Martin.

El viejo, que al pronto no le habia reconocido, vaciló en contestar.

—No tengais desconfianza de mí—dijo Garatuza;—yo soy el que otras veces ha venido; recordadlo bien: ¡*Tenoxtitlan!*

—*Libre*—contestó el viejo.

Y las nubes de su rostro desaparecieron como por un soplo.

—¿Me reconocéis al fin?—exclamó Martin.

—¡Oh, sí! ya os reconozco: pasad, pasad; el Padre Alonso está ya fastidiado de su soledad, y tendrá mucho gusto de veros.

El viejo volvió á cerrar la puerta por dentro, sacó un candil de su cuarto, y levantándolo hasta la altura de su cabeza, alumbró á Martin para que pudiese con comodidad entrar hasta el segundo patio, en donde tenia su cámara Don Alonso de Salazar.

El Padre leía á la luz de una bujía de cera, pero el fastidio se retrataba en su semblante y se adivinaba en sus movimientos y en la poca atención que ponía al libro, que mas bien tenía delante como un pretexto que como una verdadera ocupación.

Al ruido de la puerta que abrió Martín, el Padre Salazar volvió el rostro y le reconoció inmediatamente.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el Padre.

—Eso digo yo—contestó Martín—que con bien he salido, como no esperaba.

—Cuéntame, ¿viste al príncipe?

—Le ví.

—¿Y qué dijo?

—Parecióme indignado al principio de que no se le hubiese cumplido; pero tales razones le dí, que calló, y al día siguiente había levantado las anclas, y bogaba para el mar adentro que era un gusto mirarle.

—¡Es una lástima haber perdido tanto tiempo y tan brillante oportunidad!

—¡Es una lástima! ¿Y vuestro hermano, señor, no se ha podido comunicar con vos desde la prisión?

—Nada; me has hecho una falta tan grande, que ni tú mismo puedes comprender.

En este momento una densa nube de humo invadió el aposento. Martín se levantó espantado y abrió la puerta; la luz rojiza de un cercano incendio iluminaba el patio de la casa.

—¡Fuego en la casa!—gritó Martín.

—¿Fuego?—repitió el Padre levantándose precipitadamente.

Los dos salieron del cuarto, y un espectáculo terrible se presentó á sus ojos.

La casa de Doña Juana de Carbajal ardía; las llamas invadían todos los techos, salían por las ventanas, se levantaban formando penachos elevados, ó se arrastraban al impulso del viento lamiendo las paredes de la casa.

El humo negro y espeso se elevaba como una columna iluminada por el incendio, y cegaba, sofocaba.

—¡Dios mio!—exclamó el Padre—¿qué será de Doña Juana, de Esperanza? Quizá aun sea tiempo de salvarlas.

Y diciendo esto bajó precipitadamente, atravesó el segundo patio y se dirigió á la escalera principal.

En este instante se comenzó á escuchar el tañido de las campanas de algunos templos que anunciaban «fuego,» y golpes en el zaguán de los que pretendían entrar para sofocarlo.

El viejo Luis Herrera había perdido la cabeza, y no encontraba ni las llaves. Desde una de las ventanas de la casa, la vieja dueña y la esclava gritaban con todas sus fuerzas:

—¡Fuego! ¡fuego! ¡Socorro! ¡socorro!

Diremos lo que había pasado en el interior y la causa de aquella desgracia.

Doña Esperanza era presa de una mortal melancolía desde que supo la prisión de Don Leonel.

Doña Juana procuraba consolar á su hija aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir; pero en realidad estaba verdaderamente triste y acongojada.

Sabía que existía una conspiración, y temía que una imprudencia ó alguna denuncia hubieran hecho llegar á la noticia del virey aquellos planes, y la prisión de Leonel y la persecución del Padre Salazar le hacían creer fundadamente que la policía del virey iba ya sobre la pista.

Qué datos tuviera la justicia, no lo alcanzaba ella; pero

lo que sí era indudable, era que conocía ya á los dos hermanos reputados como los principales jefes de todos los conjurados.

Doña Juana no podía ni dormir; se pasaba las noches meditando, y figurándose á cada momento que recibía la noticia de la ejecucion de Don Leonel.

El anciano Don Felipe de Carbajal envejecia un año en cada hora, y su espíritu y su cuerpo decaían con una rapidez asombrosa, por lo que Doña Juana tenia necesidad de multiplicar con él sus cuidados.

En la noche en que Martín llegó á ver al Padre Salazar, Doña Juana habia entrado al aposento del anciano y Esperanza habia quedado en su cámara meditando y llorando.

El viejo Don Felipe estaba sentado en su sillón; Doña Juana llegó hasta donde él estaba.

—Padre mio—le dijo—¿quereis acostaros?

—Sí, hija mia; estoy cansado, triste; pero creo que pronto descansaré para siempre!

—No digais eso, señor.

—Juana, si tú supieras el inmenso peso de la vida cuando es muy larga, cuando como el árbol seco, se han visto ya marchitarse en cien inviernos cien veces las flores que nos rodeaban; si comprendieras que entonces se anhela el sepulcro como el blando lecho despues del largo y fatigoso viaje! Oyéme, Juana; el cuerpo que envejece, cuando el espíritu es cada dia mas inteligente y mas puro, no es sino el capullo que encierra al gusano que debe pronto romper sus cadenas y abandonar su cárcel incómoda para cruzar el aire convertido en mariposa; y entonces la idea de la muerte es la idea de la trasformacion, de la nueva vida, de la pura existencia del espíritu: vamos, dame la mano, hija mia, pa-

ra levantarme de este sillón y pasar á mi cama, que es mi sepulcro en vida.

Doña Juana se acercó á su padre, y el anciano, vacilante, se apoyó en ella; pero bien por su extrema debilidad, ó bien porque hubiera tropezado, perdió el equilibrio y Doña Juana tuvo que sostenerle; pero este movimiento hizo caer la bujía de cera que ardia sobre la mesa, y las colgaduras de la cama, formadas de finas telas de algodón, se incendiaron, y con una rapidez asombrosa comunicaron el fuego á las ropas que cubrian la cama y á la gran bata de algodón en que estaba envuelto Don Felipe.

Doña Juana lanzó un grito y quiso sofocar el fuego que abrasaba al anciano, pero no consiguió sino hacer que se le comunicara á su traje.

Entonces quiso levantar á su padre y huir con él, pero era imposible ya; las llamas lo invadian todo, el humo la cegaba y no podía dar un paso.

Comenzó á gritar, pero nadie podía escucharla, y cayó sin sentido, repitiendo maquinalmente:

—¡La marca del fuego! ¡la marca del fuego!

Doña Esperanza comenzó á percibir, primero el olor de las telas que ardian y luego el humo.

Levantóse espantada: el humo venia de la habitacion de Doña Juana.

—¡Mi madre!—exclamó, y corrió hácia la puerta de su aposento.

El humo era allí mas denso: abrió, y con la corriente de aire se avivó el fuego, que se habia apoderado ya de aquellas cámaras, y las llamas se alzaron terribles y amenazadoras: retrocedió Esperanza horrorizada, pero el fuego la seguía saliendo por aquella puerta; ella se refugió en un ángulo, y las colgaduras y los tapices comenzaron á arder.

La puerta estaba interceptada: Esperanza perdía el aliento, y pidió socorro con voz apagada; ¿pero quién podía dárselo? no había allí mas que la dueña y la esclava; pensó en esto y se resignó á morir.

De repente un hombre atravesó entre las llamas, se llegó á ella y la levantó entre sus brazos.

Esperanza ya no sintió mas; se había desmayado en los momentos mismos en que Martin, con un arrojo increíble, había penetrado hasta donde ella estaba y la salvaba de una muerte segura.

Cuando Garatuza salió de las llamas conduciendo á Esperanza, la casa estaba invadida por una multitud de personas que acudían llamadas por el lúgubre clamoreo de las campanas.

Martin no pudo ya encontrar á Don Alonso de Salazar: no había en la casa lugar seguro para depositar á Esperanza, y pensó que lo mas prudente sería sacarla á la calle y esperar noticias de Doña Juana.

Así lo hizo, y en la acera de enfrente se detuvo con su carga; la joven apenas respiraba, y el humo que nublabá la atmósfera no era lo mas á propósito para hacerla volver en sí.

Martin pensó en llevarla á su casa y volver á buscar al padre y á Doña Juana, y se puso en marcha.

La «casa colorada» no era ya mas que una inmensa hoguera que alumbraba las calles mas lejanas.

Martin llevando en peso á Doña Esperanza llegó hasta su casa.

La muda su mujer, acostumbrada ya á todas aquellas escenas, le recibió alumbrándole y conduciendo de la mano á la hijita de Martin, que era ya una niña como un serafín.

Doña Esperanza fué colocada en un sitio; Martin hizo se-

ñas á María de que la asistiese, y volvió á salir para volver á la «casa colorada.»

Una inmensa multitud invadía la calle de las Canoas; el incendio había consumido ya la «casa colorada» y amenazaba á las que estaban inmediatas.

Entre la muchedumbre penetró Martin á fuerza de puños, y llegó hasta muy cerca del lugar de la catástrofe.

Aquello era horrible: muebles hechos pedazos, restos de vajillas de porcelana, ropa, todo se había hacinado en la calle, pero en desorden, y todo estaba roto, y todo tenía algo que mostraba las huellas del fuego.

En cuanto á las personas que habitaban la casa, no se sabía sino del viejo portero, de la dueña y de la esclava.

Martin tenía seguridad de que Esperanza se había salvado: Don Felipe y Doña Juana de Carbajal habían perecido entre las llamas.

Las predicciones de los hechiceros se habían cumplido.

Don Carlos se acercó.

—Dadme vuestra mano; voy á tan largo viaje..... que quiero..... despedirme..... de vos.....

Don Carlos tendió su mano al enfermo, que se la estrechó con efusion.

—Don Carlos..... mucho os debo..... me habeis recibido..... en vuestra casa como un hermano..... os he enseñado cuanto sabia..... yo no era malo..... salí de la Inquisicion..... porque un dia me echaron de allí y no supe mas..... no hice mal uso de mi ciencia nunca..... quizá de lo único que me acusa mi corazon, es de lo que hicimos á Luisa..... pero..... á estas horas..... la tinta debe haber caído, y Luisa estará como antes..... ¡Ojalá que me perdone lo que la hicimos padecer!..... Dios sabe cuánto me arrepiento..... Adios.

El anciano calló: Don Carlos llorando le miraba sin contestarle.

Poco á poco Arellano vió dibujarse la muerte en aquellas facciones; cesó la agitacion del pecho, los ojos de Abalabide se cubrieron de un velo opaco; su boca quedó entreabierta y sin movimiento.

El anciano habia espirado.

Don Carlos contempló largo rato aquel cadáver; despues le cerró los ojos con religioso respeto, y salió del aposento en el instante en que sonaban en el zaguan dos fuertes al-dabazos.

Poco despues Don Pedro de Mejía llegaba al lado de Don Carlos.

Don Pedro tenia el rostro pálido y descompuesto, y sin saludar á Don Carlos y casi de una manera brusca, le preguntó:

—Don José Abalabide ¿vive aún aquí?

X.

De lo que pasaba en la casa de Don Carlos de Arellano en la noche de la boda de Don Pedro de Mejía.

EN un aposento estrecho y poco alumbrado por un pequeño candil, un hombre se agitaba sobre una pobre cama, en los últimos esfuerzos que preceden á la muerte.

Era un anciano extraordinariamente flaco, sus ojos tenian el brillo de la lámpara que se extingue, su respiracion era débil aunque tranquila, y sus manos huesosas saliendo de debajo de las ropas de su cama, recorrian como buscando sobre las sábanas alguna cosa que quizá el moribundo mismo no sabia qué era.

Cerca del lecho, un hombre ya de bastante edad le contemplaba lleno de interés y de cariño.

Nada interrumpia allí el silencio, y algunas veces podia percibirse el estortor que acometia al enfermo.

Aquel moribundo era Don José de Abalabide, y el hombre que estaba en su cabecera Don Carlos de Arellano.

—Don Carlos—dijo débilmente el anciano.

—Aquí estoy—contestó Don Carlos.

—Acercaos, porque creo que me muero.....

—Encomendadle á Dios, en este momento acaba de espirar—contestó tristemente Arellano.

—¡Maldicion!—exclamó Don Pedro furioso;—todo me sale mal en esta noche.

Y sin esperar mas, se embozó violentamente en su capa, y como un loco salió de la casa.....

Don Alonso de Rivera sentado en un sitial en la casa de Mejía, esperaba con impaciencia la vuelta de éste, que habia ido en busca de Don José de Abalabide.

Rivera tenia la persuasion de que llegando el anciano, saldrian inmediatamente de la duda; podia tener un remedio para descubrir si el color de la negra que se queria presentar como la esposa de Don Pedro, era natural ó efecto de algun arte. Este le parecia el medio mas sencillo para romper aquel nudo que venia á ligar la vida de Don Pedro, impidiéndole contraer matrimonio con Doña Catalina.

Oyó por fin pasos, la puerta se abrió con violencia y Don Pedro entró mas sombrío que antes.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Don Alonso—¿qué es de Don José?

—La maldicion del cielo está sobre nosotros; en este momento acaba de espirar Don José de Abalabide.

Rivera inclinó la cabeza y quedó silencioso.

—Don Alonso—dijo Mejía—la madre de Estela está presa; ella habia despedido á sus criados, quizá esté sola, quizá no haya quien la acompañe: me ha despedido vergonzosamente; pero aun la amo: id, procurad calmarla, haré por ella cuanto quiera; id, por vuestra vida os lo suplico.

—Iré—contestó Rivera, y salió calándose su sombrero y alzando el embozo de su capa.

Don Pedro se asomó al balcon para ver las ventanas de

la casa de Doña Catalina; pero la casa estaba oscura y triste.

Don Alonso de Rivera habia atravesado la calle y llegaba á la casa de Catalina.

Sin ceremonia empujó el zaguán; estaba abierto, y el portero salia á ver quién llegaba á esa hora.

Don Alonso sin hablar se dirigió á la escalera, que estaba sin luz.

—Caballero, caballero—dijo el portero.

—¿Qué se ofrece?—contestó deteniéndose Don Alonso.

—¿Busca á alguién su señoría?

—¿No me conoces?

—Por lo mismo pregunto á su señoría.

—Busco á la señora.

—No hay nadie arriba.

—¿Cómo! ¿no hay nadie?

—No, señor.

—¿Pues y la señora?

—Hace ya rato que salió.

—¿Salió?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Con un caballero embozado, á quien no conozco.

—¿Dijo si volvia?

—Cerró todas las puertas y se llevó las llaves.

—¿Pero quién era ese caballero?

—No le conocí; tenia alzado el embozo, y lo único que pude advertir, fué que traia espada.

—Es extraño—pensó Don Alonso; no me figuro quién pueda ser. ¿Y qué rumbo tomaron?

—No ví.

Don Alonso quedó pensativo y sin moverse; su cabeza

se perdía en un laberinto de conjeturas á cual mas absurdas.

Sacudió la cabeza, y luego sin hablar mas, salió á la calle y se volvió á la casa de Don Pedro.

Mejía estaba aún en el balcon, y al ver el bulto que dirigiéndose á su casa se desprendía de la de Doña Catalina, tuvo la ilusion de que aquella mujer le enviaba á llamar y que una tierna reconciliacion iba á compensar todas las penas de aquella noche. Don Alonso habria convencido á la jóven, le habria manifestado la inocencia de su amigo, y ella, sola y abandonada, comprendiendo su situacion, se habria dulcificado.

Halagado con estas ideas y esperando una noticia feliz, Don Pedro corrió al encuentro de Don Alonso, que llegaba en aquel momento.

—Todo está arreglado, ¿es verdad?—le dijo. Estela consiente en verme, en recibirme; ¿no es cierto? Decid, Don Alonso; ¿por qué callais?

—Don Pedro, tened valor—contestó Don Alonso.

—¿Qué, insiste en no verme? ¿nada habeis conseguido?

—Peor que eso, Don Pedro, peor que eso.

—¿Pues qué hay? ¿qué hay? Sacadme de esta ansiedad que me mata.

—Don Pedro, esa mujer ha huido.

—¿Ha huido? ¿ha huido? Dios mio, ¿estoy maldito?

—Valor, Don Pedro, valor.

—¿Valor? ¿valor es acaso lo que me falta? ¡Ah, ingrata! ¡Ha huido cuando yo la amaba tanto! ¡Esa mujer me engañaba, Don Alonso! Es como todas, como todas, infame, infame.....

Y como un loco, Don Pedro se puso á pasear de arriba á abajo en el salon, pronunciando palabras entrecortadas: Don

Alonso le miraba con lástima. De repente se detuvo Mejía y le dirigió la palabra.

—¿Y no pensais —le dijo— que esa pobre niña, quizá por su abandono, por su situacion, se ha desesperado y ha tenido que irse al lado de algunos parientes ó conocidos suyos, que la encontraremos?

—No abrigueis esperanzas, Don Pedro; triste pero necesario me es decíroslo: ningun pariente, ningun conocido tenía mas que yo; esa mujer ha huido para siempre.

—¡Oh, eso es imposible! imposible; ella, tan buena, tan humilde, tan virtuosa, dar semejante paso! No, vos la calumniais, y por mi fe que no lo merece.

—Don Pedro, yo conozco que esto debe ser para vos incomprendible, como lo es para mí; pero ¿quién puede gloriarse de conocer el alma de una mujer? Don Pedro, quizá nos ha engañado; y puesto que nada os liga con ella, olvidadla, aun podeis ser feliz.

—¿Olvidarla, ser feliz? ¿Y lo creeis vos, Don Alonso? Si ante el mundo no tengo vínculo ninguno con esa mujer, le tengo en mi corazón; la amo, la amo, y soy muy desgraciado!

Don Pedro en un arranque de pasion se cubrió el rostro con las manos y se puso casi á sollozar.

A pesar de la frialdad de su corazón, Don Alonso sintió remordimientos de lo que habia hecho, de la parte que tenía en todo aquello, y comenzaba á arrepentirse.

Pero declarárselo todo á Mejía era perderse con él y exponerse á la venganza de Catalina, que tenía en su poder como una arma poderosa el contrato que habian firmado.

—Don Pedro—dijo Don Alonso—me ocurre otra cosa.

Mejía se quedó mirándole.

—Que quizá Don Carlos de Arellano—continuó Don Alonso—que vivió tanto tiempo con Abalabide, conozca al-

gunos de sus secretos y pueda decirnos lo que no es posible preguntar á aquel.

—Teneis razon.

—Mañana mismo me encargo de verle y le haré venir.

—Mucho os lo agradecería.

—Don Pedro, ¿teneis confianza en mí? Yo encontraré á Estela, puesto que tal empeño teneis. Yo haré venir á Don Carlos, y espero que mis sospechas saldrán ciertas, y yo, en fin, disiparé esa tempestad que ruge sobre vuestra cabeza.

Mejía escuchaba con placer; eran las primeras palabras de esperanza que oía en aquella noche, era el primer consuelo en su inmenso dolor; y luego Don Alonso le hablaba con tanta seguridad, con tanta fé, que Don Pedro no pudo menos de sentirse impresionado.

—Es muy noche—continuó Rivera—estais muy fatigado; retiraos á vuestra cámara y procurad reconciliar el sueño: mañana el sol os hará ver menos negra vuestra fortuna, y mañana vereis cuánto avanzo en mis trabajos: os prometo romper esa red que nos ha envuelto: id á descansar.

—Teneis razon—contestó Mejía;—lo que necesita mi cuerpo y mi espíritu es el descanso: me retiro; buenas noches.

—Dios os consuele.

Don Alonso salió de la casa de Don Pedro; éste se dirigió á su cámara, pero allí le esperaba otro nuevo disgusto.

El soberbio lecho nupcial estaba preparado para recibir á Doña Catalina, y Don Pedro pensó en esto y le contempló con tristeza.

El lecho estaba envuelto en soberbias colgaduras de damasco, y Mejía se acercó á él y las levantó; pero casi al mismo tiempo dió un grito, retrocediendo horrorizado.

Sobre los blancos almohadones y entre blondas y bordados, se dibujaba la fea cabeza de la negra que el arzobispo habia traído. Dormía profundamente y se habia acostado como en su cama.

En vano Don Pedro quiso saber quién la habia llevado allí, nadie pudo darle razon; y él disgustado, fué á pasar la noche á otro aposento.

En aquellos momentos, Lázaro el pobre, como le llamaban los lacayos, decia, procurando dormirse:

—No se ha perdido el tiempo; pobre de tí, Mejía, pobre de tí!